echó un gran suspiro, pasándose la mano por la frente y mirando alrededor, como asombrado de que todo el barco no hubiese advertido el prodigioso acontecimiento que acababa de ocurrir.

Pero ninguno á su alrededor los miraba. Y aquella fijeza de todos en un pensamiento, sólo me sirvió á mí, sin embargo, para poder dar vueltas un rato, libremente, en medio de la multitud, y coger al vuelo muchas conversaciones. Aquella inminencia de la llegada había finalmente despertado en casi todos una cierta curiosidad de saber alguna cosa de la ciudad y de la provincia donde se debían ir á establecer, y muchos interrogaban ora á un oficial, ora á otro ó á los pasajeros más instruídos de proa, sacando las cartas manoseadas de los parientes ó amigos, gesticulando por lo bajo, dándolas á leer y volviéndolas á leer juntos, con aquella consideración extraordinaria que muestran las personas poco leídas ó enteramente ignorantes por toda especie de documento escrito en que suponen siempre la posibilidad de variadas y delicadas interpretaciones. Sentía pronunciar por muchos aquellos nombres de colonias agrícolas que después me debían ser tan queridas: Esperanza, Pilar, Cavour, Garibaldi, Nueva Turín, Candelaria. Pero, Dios mío, era una pena ver la ignorancia tenebrosa en que andaban á tientas casi todos; la ninguna idea de la división de los Estados y de las distancias, como si América del Sur fuese una isla de cien millas de circuito, donde todos los países se encontrasen á un tiro de fusil uno del otro. Buenos Aires, Tucuman, Mendoza, Asunción, Montevideo, Entre-Ríos, Chile, Estados Unidos, formaban en la mente de los más un indescriptible é intrincado laberinto de ideas falsas ú oscuras, donde el más listo y paciente hombre del mundo no habría sabido qué hacer para introducir un principio de orden y una débil luz en aquella confusión.

Y el pensamiento de que sin duda muchos de ellos, de los más jóvenes, debían haber ido á la escuela y haber aprendido á leer y á escribir, hacía que se me cayesen los brazos. Acá y allá, en las tertulias de familia, calculaban el gasto por los dedos.—«Conque, cinco por el desembarque, tres por la hospedería, pongamos por el primer día...»

Oí, entre otras cosas, que corrían malas noticias sobre la señorita de Mestre, á la cual contaba más de uno dirigirse para obtener consejos y recomendaciones. Hablábase de una caída grave; algunos la creían nada menos que moribunda; ciertas mujeres decían que había ya muerto, pero que guardábase secreto porque tenía la culpa (de qué modo, no lo sabían) el

capitán. El labrador de Mestre me preguntó noticias ansiosamente. Toda su familia había vuelto á recogerse en el antiguo sitio, entre la cabaña y los toneles, bajo una tienda de ropa extendida para secar, á la sombra de la cual el pequeño Galileo, rojo como un cangrejo, mamaba cual una ternera, entre los brazos de la mamá sonriente.—*¡Ah, pobrecilla!*—exclamó el labrador.

Él tenía fe en el gobierno y habíase inscrito con la *amigración*, no podía creer en todas aquellas *paparruchas* que andaban diciendo los *locos* del castillo de proa. Después me preguntó si era verdad aquello que decía el ex cocinero sabio del castillo central con respecto á las aguas del Ecuador. Pero se interrumpió para exclamar:—¡He ahí nuestros nuevos padrinos!

Eran cinco argentinos, que en compañía del cura napolitano venían por primera vez á proa á dar un vistazo á sus huéspedes. El cura debía explicar al diputado algún proyecto suyo de empresa financiera, porque le decía fuerte, agitando la mano como un abanico:—..... *Sí, se encontrarán los accionistas para un gran Banco agrícola-colonizador...*—¡Y yo me uní á ellos empujado de la más viva simpatía, en aquellos días, últimos por los hijos de aquel país, á los que tantos conciudadanos míos estaban para confiarles la suerte de su propia vida. Y buscaba sobre la cara de todos ellos las impresiones de su ánimo. Pero ellos miraban y no decían nada.

Sus ojos, por lo demás, y cada mínimo acto de los mismos revelaban la satisfacción de orgullo que sentían al ver toda aquella gente, la cual iba á pedir apoyo á su patria, la mayor parte para siempre, cuyos hijos por venir, nacidos ciudadanos de la República, habrían hablado su lengua y jamás aprendido la propia, mostrando probablemente vergüenza, como demasiado á menudo ocurre, de su origen extranjero. Puede ser que ellos, mirándolos, se representasen en la imaginación todos aquellos *comedores de tierra* y traficantes ligures de la obra; y veían agitarse las barcas cargadas sobre las aguas del Paraná ó del Uruguay, ensancharse á través de la floresta los nuevos caminos de hierro de los Estados tropicales; levantarse las cañas de azúcar en los campos de Tucuman, y las viñas sobre las colinas de Mendoza, y las plantaciones de tabaco en el Gran Chaco, y las casas y los palacios surgir de mil en mil, y miriámetros cuadrados de desiertos reverdear y dorarse bajo la lluvia de sudor de mis compatriotas. Una oleada de cosas que decirles me vino entonces á la boca.

Vosotros acogéreis bien esta gente, ¿no es verdad? Son voluntarios valerosos que vienen á engrosar el ejército con el cual conquistaréis un mundo. Son buenos, creedlo; son trabaja-

dores, lo vereis, y sobrios, y pacientes, que no emigran por enriquecerse, sino por dar de comer á sus hijos, y que se aficionarán fácilmente á la tierra que les dará de vivir. Son pobres pero no por no haber trabajado: son incultos, pero no por su culpa, y orgullosos cuando se toca á su país, pero porque tienen la idea confusa de una grandeza y de una gloria antiguas: y alguna vez son violentos; pero vosotros sin embargo, nietos de los conquistadores de Méjico y del Perú, sois violentos también. Dejadlos que amen todavía y ensalcen de lejos su patria, porque si fueran capaces de renegar la propia, no serían capaces de amar la vuestra. Protegedlos de los traficantes poco honrados, restituidles justicia cuando la pidan y no les hagáis sentir ¡pobre gente! que son intrusos y tolerados en medio de vosotros. Tratadlos con bondad y con afabilidad. ¡Os quedaremos tan agradecidos! Son nuestra sangre, los amamos, sois una raza generosa, os los recomendamos con toda nuestra alma!

Y no sé qué reserva ridícula—que en aquel caso era peor que ridícula, vil—me contuvo para decirles aquellas cosas. Ellos me hubiesen escuchado con estupor, cierto: pero quizás no sin conmoverse. ¡El mar estaba tan hermoso!... parecía que cada uno lo debiera reflejar dentro de sí... Desde la mañana se habían visto en el

horizonte veleros y buques de diversos paises dirigidos al Plata, y varias bandadas de pájaros alrededor del *Galileo* gritando la bien venida. Concluído aquel barullo para la inscripción, todos se habían aquietado y se mostraban inclinados á la benevolencia. Algunos emigrantes que les habían dejado entrar en primera clase á buscar suscripciones para dos loterías, de un reloj de plata y de un viejo grabado de la Virgen, á beneficio de dos familias pobres, recogieron un montón de firmas y sesenta céntimos; la extracción, decía el cuaderno, sería hecha por la mañana del día siguiente «con la garantía exigida, delante de la carnicería.» Después al medio día no renació disputa alguna á bordo. La tercera clase obtuvo un plato de carne con patatas, que ablandó muchos corazones.

Y aun nuestro almuerzo fué tal de hacer brillar de satisfacción hasta el único ojo del genovés, y hecho más sabroso aun, por la idea aquella de «alguna cosa después» que, según dice Brillat-Savarin, debe estar en la expectación de los comensales, para que una comida resulte verdaderamente gustosa; y esta cosa era para nosotros el pensamiento del espectáculo que nos habría ofrecido el buque al día siguiente, al aparecer la tierra.

Las conversaciones, que sufrían ya la fuerza de atracción de América, giraron todas acer-

ca de los paises vecinos, como si ya hubiéramos estado. Dentro de tres días se habría oído el *Poliuto* en el teatro Colón, en el Solís *Crispino e la Comare* con Baldelli. Se discutió el plano de la nueva plaza Victoria de Buenos Aires y del nuevo Hospital italiano en Montevideo. Los presidentes de las dos repúblicas fueron anatomizados fibra por fibra, y se hicieron muchos comentarios prolijos y calurosos sobre los periódicos benévolos y hostiles á nuestra emigración en las dos capitales. Solamente el garibaldino callaba, con un velo de tristeza sobre la cara, más caído y espeso que en días anteriores. Y callaban también mis dos vecinos de camarote. Pero sobre sus caras había algo de insólito: la expresión del odio, como siempre, pero animada de un pensamiento nuevo, como si á su llegada tuviera que ocurrirles algún acontecimiento, que cada uno de los dos esperaba favorable á sí mismo y desagradable al otro, del cual debiese depender en cierta manera la solución de sus contiendas; no se miraban á la cara, pero se adivinaba una lucha muda y provocada entre ellos, como si se cosiesen los costados á puñaladas bajo el mantel. Habiendo extendido la mano á un mismo tiempo para tomar un salero, y advirtiendo á la vez que sus manos se iban á tocar, las retiraron los dos en el mismo instante y continuaron comiendo sin

sal. Y con la idea de que, llegado á América, no tendría más delante de mis ojos aquel espectáculo miserable, aumentó mi alegría.

*
* *

A un cierto punto observé que faltaba la señora del Chartreuse y la madre de la pianista; y no pudiendo suponer que con aquel tiempo padeciesen el mareo, pedí noticias al agente, que estaba sentado entre el abogado y yo. ¡Pero cómo! ¿No sabía nada? Tenía ya la cabeza en América... ¡Oh, una escena de teatro!

Desde algunos días, la «domadora» había olido que la otra la difamaba, y adivinaba el argumento de la maledicencia: lo veía reflejado en la cara de ciertos pasajeros, que á ciertas horas la miraban sonriendo, que fijaban lo ojos en el ventilador de la puerta, pasando po delante de su camarote. Pero aquel día su camarera, encargada de espiar, lo había oído todo: aquella sierpe con faldas, decía que estaba afectada de incipiente *delirium tremens*, haciendo descripciones abominables de su camarote —donde había estado, sin embargo, varias veces á chuparle el marrasquino de Zara—como

verdadera cantina de licorista, con las botellas hasta debajo de los cojines de la cama, con las copas sucias en todos los rincones y una colección completa de aguas minerales, de polvos y de pastillas para reparar por la mañana los desconciertos gástricos producidos por las bebidas del día. Pero de aquí en adelante decía que no había más reparo posible, porque el mal había avanzado demasiado, y citaba una opinión desconsoladora del médico, recomendando á los señores no pasar de cerca con el cigarro encendido. Escuchada esta relación, en un momento preciso que tenía el humo en la cabeza, la gruesa señora no había hecho otra cosa que correr derecha hacia el cuarto de la buena amiga, y, encontrándola en medio del corredor, en presencia de algunos, le dijo con voz desatada las verdades del barquero—pero con el acento y la mirada de su profesión y de aquello que puede inspirar solamente la Chartreuse estacionada, aquella verdadera y auténtica de los Frailes beneméritos, cuando se bebe en dosis convenientes.

La otra, con una cara impertérrita, le respondió una sola palabra, dosilábica, pero que valía por aquellas otras juntas en un ramo. Y entonces... las camareras estaban advertidas, y las contendientes, convulsas, habían vuelto á entrar tempestuosas cada cual en el propio camarote, donde se habían desmayado media hora después.

*
* *

Pero, diciendo esto, el agente pensaba en otra cosa, y parecía que estuviese observando una correspondencia de miradas entre dos personas lejanas en la mesa. En efecto, después de algunos minutos, le entendí modular en baja voz el largo grito de *Amleto* delante del teatrillo de la casa real:—¡Oooooh profética alma mía!—Y en seguida me aferró por el brazo y me confió al oído su maravilloso descubrimiento:—Mire, pues, sin que se aperciban—me dijo después. Y yo miré y no tardé en penetrarme del hecho.

Cada dos ó tres minutos, los bellos ojos azules y vacíos de la señora rubia, se fijaban por algún momento sobre el capitán y sobre su ancha caraza roja y malhumorada; relampagueaba una chispa, una imperceptible sonrisa medio escondida en el entrecejo y en los bigotes erizados, semejante á una pequeñísima franja azul que aparece por entre el girón de un cielo nublado, y cuyo azul en seguida es recu-

bierto; pero fijando de nuevo los ojos azules, el girón volvía á abrirse y el azul volvía á mostrarse: no existía la menor duda; el juego gentil se repetía regularmente; existía secreta inteligencia entre la cabellera rubia y el cabezón rojo; la sirena había cantado, el oso polar había dado oído, el *Galileo* había capitulado.

—¡Ah! ¡Ahora comprendo—decía el agente picado—por qué aquella *escena* se ha convertido en humo! ¡Oh! ¡*No quiero porquerías á bordo*! ¡Ah, pedazo de criadilla de mar! ¡Esto es demasiado!—Pero su fondo estaba satisfecho de haberse librado de la pesadilla de aquel misterio, y cuando subimos á la toldilla se frotó las manos, diciendo:—¡Uno más! No queda por descubrir sino el afortunado á quien la señorita dedique su próximo tijeretazo... si le queda todavía alguna cosa por cortar.

*
* *

Y él y otros se recreaban de todo corazón, mas tarde, señalando el espinazo redondo del profesor que apoyado contra la borda daba explicaciones al cura sobre la constelación de Orión. Era una noche encantadora, agradabilísimo agüero para el buen término del viaje. A occidente, sobre el cielo espléndidamente estrellado, se levantaba la luz zodiacal, en forma de una gran pirámide resplandeciente que tocaba casi el zenit con el vértice y abrazaba cerca de una cuarta parte del horizonte. El trecho de vía láctea que corre entre el Escorpión y el Centáuro y los cuatro diamantes bellísimos de la Cruz del Sur, aparecieron admirablemente vivos. Y las nubes de Magallanes, las vastas nebulosas solitarias que hacían palpitar el corazón y brillar la pluma de Humboldt, formaban alrededor del polo austral dos maravillosas manchas blancas sombreadas en el infinito. Y se veían caidas de estrellas á cada momento, como una lluvia serena de flores de fuego que llenaban el cielo de luz plateada, rosada, dorada, azulada; pero más grande todavía en apariencia, por efecto de la mayor pureza atmosférica, de lo que se puede ver sobre nuestro horizonte. La claridad del cielo era tal que el buque dibujaba en las aguas con limpidez, sus cordajes y arboladura, y mirando desde la pequeña plaza, se veían estrellas entre los obenques; estrellas por entre las cofas, en todos los vanos, alrededor de las entenas; y estrellas también se reflejaban en el mar tranquilo, de manera que no parecía que se navegaba, sino que se volaba sobre una flota aérea dentro de los esplendores del firmamento. Y, sin embargo, ca-

si ninguno miraba. Cada uno de aquellos mil setecientos átomos vivientes tenía dentro de sí una esperanza, ó un temor, ó un remordimiento, en comparación del cual todos aquellos millones de mundos les importaba lo que una nubecilla de polvo levantada de la tierra con el pie.

A proa, con efecto, se oía un murmullo vivísimo de conversaciones; pero mas recogido y más igual que las otras noches; nada de canciones ni de gritos: se comprendía que todos hablaban de intereses, de obligaciones, de cosas sérias. En el momento de la separación de las mujeres de los hombres, se oyeron las «buenas noches» llenas de alusiones, y cien voces vibrantes:—¡Hasta mañana, pues!—Es la última noche!—¡Mañana en tierra!—Dentro de veinticuatro horas en América! Y estaban ya debajo hacía gran rato, cuando todavía desde la escalera de los dormitorios subía un murmullo sonoro y como la respiración de una muchedumbre conmovida. Era el flujo de un mar de almas al acercarse á un mundo.

XIX

AMERICA

Qué agradable despertar! Aquellas palabras de «hoy sentiremos la tierra bajo nuestros plantas», en las cuales se expresaba el pensamiento de todos, eran para nosotros como un sonido y una fuerza nuevos, y se experimentaba al repetirlas cierta especie de placer físico, como el que se siente apretando el brazo alrededor de una columna de granito. Además de otras razones, se deseaba con impaciencia el llegar también, por la razón de que al final de una larga navegación se está cansado, irritado hasta el punto de no poder más con aquella perpetua danza de líneas, con aquella continua abreviatura, con aquel plegarse y retorcerse obligados siempre á percibir la angustia de todos y de aquel eterno olor de salazón, de alquitrán